

# **Piedras**

y otros textos

Roger Caillois

Prólogo de  
E. M. Cioran

Nota de  
Estrella de Diego

Traducción del francés de  
Daniel Gutiérrez Martínez

La Biblioteca Azul (serie mínima) **Ediciones Siruela**

## Nota a la edición

Contaba Roger Caillois en una entrevista que había aprendido a escribir tarde –y casi por casualidad–, por lo cual el mundo había sido para él durante años un lugar construido únicamente por el lenguaje hablado. De ahí tal vez su desconfianza hacia las palabras que no implicaran cosas concretas, seguía diciendo. Y, pese a todo, pocos tienen un uso tan preciso del lenguaje como Caillois, pocos son capaces de nombrar el mundo con una exactitud tan pulcra como la que se desvela en *Piedras*, un libro intenso y luminoso en el que cada palabra apela a un concepto; un poema en prosa que se presenta por primera vez publicado por una editorial española, pese a que su autor es un clásico de la literatura francesa y bien conocido entre el público anglosajón especializado en surrealismo.

Nacido en Reims en 1913 y fallecido en 1978, Caillois entra pronto en contacto con los surrealistas, convirtiéndose en referente para Paul Éluard y André Breton y, aunque se separa de ellos por la falta de rigor y de interés por la ciencia del grupo, no termina ahí la relación. Su etapa como estudiante de sociología de las religiones le pone en contacto con Marcel Mauss, maestro de Lévi-Strauss y autor de un libro esencial, *El don*. En ese periodo se aproxima a un grupo que, de un modo u otro, aglutina a Georges Bataille, Gaston Bachelard y Michel Leiris, algunos

de los cuales tienen un papel esencial, junto con Caillois, en la fundación del Collège de Sociologie, lugar de reunión indispensable para la generación posterior de pensadores franceses de la segunda mitad del siglo XX.

Pero no se limita sólo a su relación con el surrealismo la importancia de este escritor, sociólogo de lo sagrado, viajero y ensayista. Invitado por Victoria Ocampo a una estancia breve en Buenos Aires, acaba por quedarse allí durante un periodo prolongado, estableciendo relaciones intensas con la intelectualidad argentina próxima a la revista *Sur*, entre ellos la propia Ocampo y Jorge Luis Borges, a quien Caillois introduce en la literatura francesa a través de sus traducciones, igual que ocurre con Octavio Paz.

Este libro resume así parte de la ductilidad del pensamiento de Caillois al hablar de una cuestión que la historia del arte bordea sin tregua—desde la arquitectura, la escultura, la glíptica, el mosaico o la joyería, explica el autor en la introducción— y que nunca llega a analizar: las piedras que contemplan impasibles el paso del tiempo y a partir de las cuales Caillois propone una reconstrucción del mundo. Mirada, pues, desde un ángulo insospechado a través de la mente curiosa del autor francés, pieza esencial del movimiento surrealista, que ahora puede leerse entre nosotros presentado por otro clásico, E. M. Cioran.

**Estrella de Diego**

## Dedicatoria

*Hablo de piedras que siempre se han acostado al raso o que han dormido en su yacimiento y en la noche de las vetas. No interesan a la arqueología, ni al artista, ni al diamantista. Nadie hizo con ellas palacios, estatuas, joyas; ni siquiera diques, fortificaciones o tumbas. No son útiles ni famosas. Sus facetas no brillan en ninguna sortija, en ninguna diadema. No promulgan, grabadas en caracteres indelebles, las listas de victorias, las leyes del imperio. Ni hitos, ni estelas. Expuestas a la intemperie, aunque sin honores ni reverencias, sólo dan testimonio de sí mismas.*

*La arquitectura, la escultura, la gléptica, el mosaico, la joyería no han hecho nada con ellas. Han estado desde el comienzo del planeta, en ocasiones venidas de otra estrella. Cargan entonces sobre sí mismas la torsión del espacio como un estigma de su terrible caída. Han estado antes que el hombre; y el hombre, cuando llegó, no las marcó con la huella de su arte o de su industria; no las trabajó, destinándolas a cualquier uso trivial, lujoso o histórico. No se perpetúan más que en su propia memoria.*

*No han sido talladas con la efigie de nadie, ni hombre, ni bestia, ni fábula. No han conocido más herramientas que las que sirvieron para revelarlas: el*

*martillo de exfoliar, para manifestar su geometría latente, la muela de pulir, para mostrar su grano o para despertar sus colores apagados. Han seguido siendo lo que eran, a veces más frescas y más legibles, pero siempre dentro de su verdad: ellas mismas y nada más.*

*Hablo de las piedras que no alterará jamás nada que no sea la violencia de las sevicias tectónicas y la lenta usura que comenzó con el tiempo, con ellas. Hablo de las gemas antes del tallado, de las pepitas antes de la fundición, del hielo profundo de los cristales antes de la intervención del lapidario.*

*Hablo de las piedras: álgebra, vértigo y orden; de las piedras, himnos y tresbolillo; de las piedras, dardos y corolas, linde del ensueño, fermento e imagen; de la piedra de una porción de cabello opaco y rígido como el mechón de un ahogado, pero que no gotea en sien alguna, en el lugar donde la savia se hace más visible y más vulnerable en un canal azul; de las piedras de papel desarrugado, incombustible y espolvoreado de centellas inciertas; o el recipiente más estanco donde baila y recupera su nivel, tras las solas paredes absolutas, un líquido anterior al agua y que, para preservarlo, ha sido necesario un cúmulo de milagros.*

*Hablo de piedras con más edad que la vida y que permanecen, en los planetas fríos, incluso después de que ésta tuviera la fortuna de eclosionar en ellos. Hablo de piedras que ni siquiera tienen que esperar la muerte y que no tienen nada más que hacer que permitir que se deslicen sobre su superficie la arena, el aguacero o la resaca, la tempestad, el tiempo.*

*El hombre les envidia la duración, la dureza, la intransigencia y el brillo, que sean lisas e impenetrables, y enteras aun quebradas. Ellas son el fuego y el agua en la propia transparencia inmortal, visitada a veces por el iris y a veces por un aliento. Le aportan, porque lo tienen en la palma, la pureza, el frío y la distancia de los astros, múltiples serenidades.*

*Como quien, al hablar de flores, dejara de lado tanto la botánica como el arte de los jardines y de los ramos —tendría aún mucho que decir—, así, por mi parte, olvidando la mineralogía, descartando las artes que hacen uso de las piedras, hablo de las piedras desnudas, fascinación y gloria, donde se oculta y al mismo tiempo se entrega un misterio más lento, más vasto y más serio que el destino de una especie pasajera.*

Enero de 1966

# I

## Mitología

### *Piedras de China*

En el fondo del valle del río I Ngan se alzan algunas piedras que recuerdan por su forma a las piedras que sobrevuelan las montañas. La gente del lugar las reacomoda ligeramente y las coloca en la entrada de los templos. Son naturalmente notables, extraordinarias.



La piedra *yng che* se yergue elegante y bella en los escarpes de la montaña Ling-nan, a pesar de no haber sufrido la acción del cincel o del dolobre. Tiene un sonido metálico. Se emplea como ornamento. Esta piedra es una maravilla. Grande, es rara.



Al oeste de la prefectura de K'i, a setenta *li* del distrito de Long, existe una gruta llamada la caverna de los dragones o de los peces. Allí se encuentra una piedra que a veces es grande, otras veces pequeña. Si

alguien la rompe y examina su interior, percibe las figuras de dragones y de peces.

Quienes pasan ante la caverna evitan hablar de ella. Escuchan ruidos lejanos de truenos y de huracanes. Se detienen, presas del terror. No todo el mundo escucha estos ruidos.



En la Isla del Medio existe una piedra que tiene hijos. En pleno ciclo Wen lou, un hombre recogió la piedra, que por aquel entonces era pequeña. La dejó en una esquina. Al cabo de ochenta años había crecido mucho y había dado a luz a un millar de piedras pequeñas: su descendencia.



El sabor de la piedra *hiong-hoang* resulta frío y amargo. Es una panacea. Cura las úlceras malignas, las fistulas; espanta a los fantasmas, los malos espíritus. Repele los miasmas. Neutraliza el veneno de los reptiles. Constituye el antídoto perfecto. Disipa todas las malas esencias. Si alguien la lleva consigo, los genios hostiles no se le acercan; si entra en una selva los tigres y las bestias feroces se arrastran a sus pies; si atraviesa un río no puede herirlo ningún animal maléfico. La piedra *hiong-hoang* convierte a las niñas en niños: cuando una mujer se da cuenta de que

está encinta, le es suficiente con colocar un fragmento en una bolsita de seda, que se introduce en la vagina. Entonces el feto toma fuerza y se vuelve macho.



La piedra *che-tche* tiene forma de hongo. Se encuentra en la orilla de la isla Hai iu ming chan, en medio de una gran variedad de piedras. Es carnosa. Como si fuera un ser vivo, tiene cabeza, cola y cuatro extremidades. Está adosada a piedras más grandes o a rocas. Existe una variedad que recuerda al coral; la blanca recuerda a la grasa, la negra al barniz, la azul a las alas del martín pescador, la amarilla al oro. Todas son transparentes y brillantes. Las grandes pesan diez *kin* aproximadamente, las pequeñas de tres a cuatro *kin*. Su forma es la de una vasija con orejas, que no sobresaldrían más de tres o cuatro pulgadas. Las que tienen siete agujeros se llaman *ts'i ming*. Las que tienen nueve se llaman *kieou koang*. Brillan como las estrellas. A cien pasos de distancia se distingue su luminosidad. En general, se espera al otoño para recoger estas piedras y pulverizarlas.



Según el *Pen ts'ao kang mou*, el *che yen* se encuentra en el distrito de Yong, cerca de la ciudad de K'i yan hien. Esta piedra parece una ostra.

Es de color tierra. Si son redondas y grandes, son la piedra golondrina macho; si son largas y pequeñas, la piedra golondrina hembra. Hay una especie de piedra *che yen* que se encuentra en las cavernas de estalactitas. Su forma es como la de la golondrina; se alimentan del goteo lechoso de las estalactitas; pueden volar.

Según el *Ou tsa tsou*, la piedra *che yen* se encuentra en Yun ling. Vuela, pero solamente los días de mucho calor: cuando se levanta un viento violento combinado con lluvia, arrastra consigo la piedra que se arremolina con él rozando la superficie del suelo.

•

Un relato de los Song, debido a Ni Cheou-yo, precisa que en la gruta Ton-yuang existe una cascada donde vuelan los jades fríos.

•

La *mao nao* no es ni una piedra ni un jade. Es una sustancia específica. Se encuentra en color rojo, en blanco, en negro. Como las piedras duras, resiste la acción del metal. Existen algunas en cuyo interior pueden distinguirse figuras de hombres, de objetos, de pájaros, de animales. Son las más preciosas. Las hay de muchas clases. El *mao nao* del sur es de un rojo puro y no tiene vetas: con él se hacen copas y vasijas. El del noroeste es de un negro verdoso.



El *joen che* es una especie de cristal de roca que contiene pequeñas hojas o tallos. Con él se fabrican bolas que muestran en el interior del cuarzo una pequeña rama de ciruelo o una hoja de bambú tan bien conservadas como si se hubieran introducido recientemente. Estas muestras son extremadamente raras y constituyen auténticos tesoros que, en las familias ricas, se transmiten de generación en generación.